18 – Salvación

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***



Hechos 4: 11-12 = Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos. En ningún otro. ¿Está claro? ¿Se necesita alguna aclaración más? En ningún otro. Versión NTV: ***Pues es Jesús a quien se refieren las Escrituras cuando dicen: "La piedra que ustedes, los constructores, rechazaron ahora se ha convertido en la piedra principal". ¡En ningún otro hay salvación! Dios no ha dado ningún otro nombre bajo el cielo, mediante el cual podamos ser salvos.*** La palabra "salvación" suele llegar cargada de ecos solemnes, casi lejanos, como si perteneciera más a vitrales que a veredas, más a templos que a la mesa familiar un martes cualquiera. Sin embargo, cuando uno se detiene a mirar con honestidad la trama cotidiana —las decisiones pequeñas, las tensiones sociales, los silencios incómodos, las alegrías simples— aparece una intuición distinta: la salvación no es una idea abstracta ni un premio postergado, sino una dinámica viva, concreta, profundamente humana. **No se trata de escapar del mundo, sino de habitarlo con una conciencia transformada.** Desde una perspectiva bíblica, la salvación no se limita a un "más allá". Es, antes que nada, **restauración**. Restauración del vínculo con Dios, con uno mismo, con los otros y con la creación. Es volver a encajar donde antes había desajuste. Y eso, lejos de ser un concepto exclusivamente religioso, toca dimensiones existenciales que cualquier persona puede reconocer: la necesidad de sentido, de perdón, de reconciliación, de propósito. Si uno mira con atención los relatos bíblicos, encuentra algo llamativo: la salvación rara vez ocurre en escenarios ideales. Aparece en medio de crisis políticas, desigualdades sociales, conflictos familiares, errores humanos bastante evidentes. Es decir, en un contexto muy parecido al nuestro. Esto ya nos dice algo importante: **la salvación no exige perfección previa. Más bien, irrumpe en medio de la imperfección.** Ahora bien, ¿Qué significa esto en términos prácticos? Porque hablar de salvación sin aterrizarlo puede sonar bonito pero inútil. Pensemos en algo sencillo: cada día tomamos decisiones que construyen o destruyen. A veces elegimos con generosidad; otras, con egoísmo. A veces escuchamos; otras, interrumpimos. A veces actuamos con justicia; otras, miramos para otro lado. En ese terreno concreto se juega la experiencia de salvación. No como un logro moral propio, sino como una respuesta a una invitación que nos precede. La buena noticia del Reino de Dios —y aquí está el corazón del asunto— no es que el ser humano puede salvarse por su propio esfuerzo, sino que Dios toma la iniciativa de acercarse. Y ese acercamiento no es teórico: se hace carne en la historia. Se vuelve gesto, palabra, presencia. Se vuelve humanidad. Por eso, **hablar de salvación sin hablar de vida concreta sería como hablar de música sin sonido.** En lo social, esto tiene implicancias fuertes. Porque si la salvación es restauración integral, no puede ser indiferente a la injusticia, a la pobreza, a la exclusión. **No alcanza con una espiritualidad encerrada en lo privado.** Tampoco se trata de ideologizar la fe, reduciéndola a consignas. Más bien, se trata de una mirada que reconoce la dignidad de cada persona y actúa en consecuencia. Aquí conviene ser claros: la fe en el evangelio del Reino de Dios no es un programa político ni una teoría económica. Pero tampoco es neutral frente al sufrimiento humano. Tiene una sensibilidad particular: ve al otro no como un medio, sino como un prójimo. Y eso, en tiempos donde todo tiende a volverse utilitario, ya es bastante revolucionario. Un ejemplo cotidiano: en una sociedad acelerada, donde el tiempo vale oro (Y a veces más que las personas), detenerse a escuchar genuinamente a alguien puede parecer un lujo. Sin embargo, ese gesto simple tiene una dimensión profundamente salvadora. Porque restaura algo básico: el reconocimiento. Le dice al otro, sin palabras grandilocuentes, **"tu vida importa".**

Otro ejemplo: el perdón. No ese perdón superficial que se dice por compromiso, sino el que implica un proceso real, a veces doloroso, de soltar la deuda emocional. En términos bíblicos, el perdón no es olvidar ni justificar el daño, sino romper el ciclo de la venganza. Y eso libera tanto al que perdona como al que es perdonado. Si eso no es salvación en acción, se le parece bastante. Ahora bien, hablar de salvación también implica hablar de verdad. Y la verdad, seamos honestos, no siempre es cómoda. Nos confronta. Nos muestra zonas que preferiríamos mantener en sombra. Pero lejos de ser un problema, esa incomodidad puede ser el inicio de algo nuevo. Porque **solo lo que se reconoce puede ser transformado.** En este punto aparece una tensión interesante: vivimos en una cultura que valora la autenticidad, pero muchas veces teme a la verdad que incomoda. Queremos ser "nosotros mismos", pero sin cuestionar demasiado qué significa eso. El evangelio del Reino de Dios propone algo distinto: una identidad que no se inventa desde cero, sino que se recibe y se descubre en relación con Dios. Y eso, lejos de limitar, libera. Un toque de humor sano, -¡Siempre lo tengo a mano!-, ayuda a aterrizar esto: si la salvación dependiera exclusivamente de nuestra coherencia perfecta, estaríamos en problemas serios… y bastante rápido. Afortunadamente, no es así. La gracia —ese favor inmerecido del que tanto habla la Biblia— introduce un elemento inesperado: no empezamos desde cero cada vez que fallamos, sino **desde el amor que nos sostiene incluso en el error.** Esto no es una excusa para hacer cualquier cosa. Más bien, es el fundamento para vivir de otra manera. Porque cuando uno se sabe amado, cambia la forma de actuar. No por obligación, sino por convicción. No por miedo, sino por respuesta. En términos prácticos, esto se traduce en hábitos. Pequeños, sostenidos, concretos. Por ejemplo: – Tomarse unos minutos al día para el silencio y la reflexión, en lugar de llenar cada espacio con ruido .– Leer y meditar textos bíblicos no como una tarea, sino como una conversación abierta. – Practicar la gratitud, incluso en días difíciles, reconociendo lo que sí está. – Elegir una acción concreta de servicio semanal, por pequeña que sea. – Revisar las propias actitudes con honestidad, sin autoengaño pero también sin auto desprecio. Estos recursos no son fórmulas mágicas, pero ayudan a cultivar una conciencia más despierta. Y una conciencia despierta es terreno fértil para la experiencia de salvación. Volviendo a lo social, hay algo clave: la salvación **no es individualista.** Aunque cada persona la vive de manera personal, sus efectos son comunitarios. Se nota en la forma en que nos tratamos, en cómo gestionamos los conflictos, en cómo construimos espacios más justos. No se impone, pero se evidencia. Aquí es donde la fe se vuelve creíble o no. Porque más allá de los discursos, lo que convence es la coherencia encarnada. No perfecta, pero real. Una fe que pide perdón cuando se equivoca, que aprende, que se deja corregir, que no se coloca por encima de nadie. En un mundo polarizado, donde todo parece dividirse en bandos irreconciliables, el mensaje del Reino de Dios introduce una lógica distinta: la de **la reconciliación.** No como ingenuidad, sino como horizonte. No como negación del conflicto, sino **como búsqueda de una resolución que no destruya al otro.** Esto no significa relativizar la verdad ni evitar las diferencias. Significa abordarlas sin deshumanizar. Y eso, en el contexto actual, es casi contracultural. La salvación, entonces, puede entenderse como un proceso en el que la vida se va alineando con el propósito original: amar a Dios y al prójimo. Suena simple, pero no es simplista. Implica decisiones diarias, renuncias, aprendizajes. Implica también esperanza. Porque nadie cambia de un día para el otro, pero todos pueden cambiar. Un punto importante: la salvación no elimina las dificultades. No convierte la vida en un camino sin obstáculos. Pero sí ofrece una perspectiva distinta para atravesarlos. No se trata de evitar el dolor a toda costa, sino de encontrar sentido incluso en medio de él. Y aquí aparece una de las claves más profundas: **la presencia.** La convicción de que Dios no está ausente ni indiferente. Que acompaña. Que sostiene. Que actúa, muchas veces de formas discretas, casi imperceptibles, pero reales. Esto puede sonar intangible, pero se vuelve concreto cuando alguien experimenta paz en medio del caos, claridad en medio de la confusión, fortaleza en medio de la debilidad. No como un mérito propio, sino como un regalo recibido. Para cerrar, vale la pena volver al inicio: la salvación no es una palabra lejana. Es una realidad cercana, cotidiana, encarnada. No pertenece a un grupo exclusivo ni a un ámbito restringido. Está disponible, abierta, ofrecida. La invitación es simple y profunda a la vez: vivir de tal manera que lo invisible se haga visible. Que la fe no quede en ideas, sino que se traduzca en acciones. Que la esperanza no sea un concepto, sino una práctica. **Que el amor no sea un discurso, sino una forma de estar en el mundo.**

Y si en el camino aparece el humor —ese que nos recuerda que no somos el centro del universo y que, a veces, conviene reírnos un poco de nuestras propias contradicciones— mejor todavía. Porque una fe sin alegría corre el riesgo de volverse rígida. Y una salvación sin humanidad pierde su esencia. Por algo nos fue dicho. ***¡Regocijaos!*** Y por si eso no alcanzara, le añadió: ***siempre.*** Al final del día, la pregunta no es solo qué creemos, sino cómo vivimos lo que creemos. Y en esa respuesta, cotidiana, imperfecta, pero genuina, la palabra “salvación” deja de ser un concepto distante para convertirse en una experiencia real.

Posted in:Blog,Sin Categoría | | With 0 comments